

AUX FLANCS DU VASE

ALBERT SAMAIN

LE REPAS PRÉPARÉ

Deja, mi querida hija, pronto tu aguja y tu lana ;
Ya es tiempo que vuelva el amo ; tiende la mesa, engalana
El nuevo mantel de pliegues nítidos y deslumbrantes
Con la loza tersa y clara y con los vasos brillantes.
En el ánfora de cuello de cisne, comba y bizarra,
Posa frutos escogidos sobre follaje de parra.
Las peras que cubre un virgen, delicado terciopelo,
Y pesadas uvas de oro mezcladas á las de cielo.

Que del pan mejor cortado esté la cesta cubierta,
Y luego espanta las moscas después de cerrar la puerta . . .
Fuera la pared calcina, el sol arde, hace un derroche
De fuego. Arrima el postigo : hagamos casi la noche,
Con el fin de que la sala, toda de tinieblas presa,
Se embalsame con los frutos de que está llena la mesa.
Ahora ve a sacar querida agua pura del contorno
De la casa ; y ten cuidado que el cántaro, á tu retorno,
Conserve por largo tiempo, helado y casi fundido,
Un vapor lento y sutil á sus flancos adherido.

AXILIS AU RUISSEAU

Axilis, largo cual es, en la hierba de la riva,
Sigue con ojo holgazán el arroyo de agua viva
Que corre, sutil de aurora, en medio de verdes huertos.
El bosque apenas despierta, los campos están desiertos . . .
Sobre la flauta de ébano deja Axilis que se agiten
Dedos errantes que un mismo acorde siempre repiten ;
Pues él parece exhalado, tan límpida se dilata,
Sobre una caña de azur por unos labios de plata !
Por los pendientes ribazos blanco vapor se deslíe,
Y la húmeda mañana desnuda en las ramas ríe.

El pastor á quien invade una leda embriaguez siente
 Bajo su pie estremecerse a la tierra oscuramente,
 Él bebe el aliento en flor de la estación agraciada ;
 Él, de la buena Cibeles bebe la leche sagrada.
 Aguas corrientes y bosques verdes, follaje profundo
 Y tembloroso... En su sangre el claro latir del mundo
 Ha pasado... hunde su rostro en la humedad del herbaje ;
 Y sobre su corazón quiere estrechar el paisaje.
 A su alrededor circula la vida ; mira bullir
 Mil insectos afiebrados que una noche hará morir.
 Vuela el ave ; sopla el viento ; y la hoja se estremece ;
 Es de cristal el cielo... y he ahí que le parece
 Que su alma, como el reflejo que proyecta el abedul,
 Ha fugado, blandamente al rumor del agua azul...

LA BULLE

Bathylle, allá en el corral donde el volátil cloquea,
 Sobre la tosca escudilla sopla una paja, inclinado ;
 El agua hueca hace espuma, con gran ruido barbotea
 Hasta que desborda. El niño que lucha sin resultado,
 Siente venir á su boca como una acritud salina,
 Mas feliz una burbuja por último se vislumbra,
 Y, conducida con arte, se alarga, se determina,
 Redondeándose por fin en un globo que deslumbra.

El niño sigue soplando ; ella más y más aumenta ;
 Luciendo los cien colores del prisma y de la alborada,
 Y refleja en las paredes del fino cristal que ostenta,
 Los árboles, el camino, el caballo y la morada...
 Pronta á destacarse, brilla cual maravilloso faro.
 Retiene su aliento el niño, ella oscila con donaire,
 Y remonta dulcemente, verde luz y rosa claro,
 Como un endeble prodigio, resplandeciendo en el aire !
 Ella sube... repentino, el alma aún deslumbrada,
 En vano busca Bathylle su gloria evaporizada...

LE SOMMEIL DE CANOPE

Acodados en la mesa y en la sombra sumergidos,
 Del alto terrado á pico sobre el golfo macilento,
 Los amantes, escuchando los eternos ruidos,
 Ante la tarde que muere observan recogimiento.
 Alcís inmóvil sueña, con la cabeza inclinada.
 Canope con lentitud se le aproxima y, cansada
 De languidez, en su hombro ha dejado dulcemente
 Como una carga muy grave glisar su hechicera frente.
 Reina el silencio... Del fondo de los paseos distantes
 Los sollozos de las fuentes se oyen más desemejantes ;
 Por puntos sobre la puerta un resplandor trasciende ;
 Y el misterioso suspiro que hacia la noche asciende,
 Confesión íntima y vaga del corazón de las cosas,
 Se hace más dulce, esa tarde, al pasar sobre las rosas.

Alcis sueña... Y la dulzura de la tarde, la inmedible
 Paz infinita, la vaga profundidad apacible,
 El pleamar y la estrella que, en su base, se estremece.
 Y el murmurante océano, y esa niña que parece,
 Invertido, sin esfuerzo, junto a él su hermoso cuello,
 Como muerta de amor entre el oro del cabello,
 Todo lo exalta! Una lenta embriaguez de ventura
 Parece hasta las estrellas agigantar su ternura!
 Él contempla largo tiempo, mudo, inclinado, temblante,
 La frente lisa velada por el cabello flotante,
 La boca rosa que luce dientes de esmalte de nieve,
 Y el bello seno que un ritmo igual y tranquilo mueve...
 A lo lejos los follajes zumban... La noche sueña...
 Alcís, los ojos al cielo, con un beso al inclinarse,
 Sobre la boca ha dejado rendirse el alma á su dueña;
 Y súbito el corazón parece quebrantarse!
 Pues él presente, que nunca, nunca jamás en su vida,
 Ha de hallar esa adorable tranquilidad infinida,
 Ese silencio, esa noche, aquella mar complacida,
 Ese beso entre las sombras á Canope adormecida.

LE MARCHÉ

Sobre la pequeña plaza, con el primer resplandor
 Del alba, ríe el mercado alegre y multicolor.
 Sobre los estantes cojos se exhiben confusamente
 Cestos de huevos, y quesos y frutas y miel luciente;
 Y en la loza en que las aguas continuamente resbalan,
 Pescados de plata clara, ásperos tufos exhalan.
 Myléne, que á su infantil Alidé lleva con tino
 De la mano, entre la gente con pena se abre camino,
 Se retarda en cada puesto, va, viene, vuelve, endereza,
 Á los premiosos llamados suele tornar la cabeza,
 Comen unas cuantas frutas, negociando las mejores
 O bien se alejan en medio de escandalosos clamores.

La niña feliz, la sigue, pues ella adora el gentío,
 Los gritos, los estrujones, el agua y el viento frío,
 Los pequeños asnos grises, el vivo umbral de los puestos
 Y el piso por todos lados sembrado de verdes restos.
 Miléne ha hecho su gasto de legumbres y sabrosas
 Frutas, luego agrega un ánade de plumas esplendorosas !
 Alidé bate las manos, cuando, por verla entusiasta,
 La madre le pide al fin que le lleve la canasta.
 El peso hace doblegar su pequeño brazo, mas
 Marcha orgullosa, silente y arqueándose hacia atrás,
 Mientras el ánade inquieto, prisionero que protesta,
 Grita y pasa el pico de oro por las rejas de la cesta.

AMPHISE ET MELITTA

Junto al lago donde bañan sus pies desnudos, sentados
 Amphise y Melitta, inmóviles, los dedos en amorosas
 Ligaduras, y los labios hace ya tiempo cerrados,
 Se embriagan de bella tarde, de oro límpido y de rosas,
 Y llenan toda su alma del esplendor opulento
 De los grandes montes lilas que el agua de oro retrata !
 Hay una calma infinita... Con un insensible aliento
 Un agua rizada apenas, la brisa á sus pies desata,
 Y en jardines de naranjos, los cisnes hacen alarde,
 De estar cargados de olores y rendidos de pereza.

Libre de preocupaciones, él jamás como esa tarde
Ha gustado de la tierra la dulcísima terneza.
— Oh, Melitta !... dice él, y dejando con maniobra
Retardar su frente junto al tibio seno que abate
La emoción, escucha en medio de la tarde que zozobra,
El ruido del corazón que tan solo por él late.
— Toma mi alma en mi boca, ella dice á su galán,
— Y Amphise : toma mis ojos ! y desde que ellos están
Allí, la noche azulada ha inundado las campañas,
Y el lago... En tanto la luna amanece en las montañas...

LE PETIT PALÉMON

Grande, apenas de ocho años, Palémon, el pequeñuelo
Sostiene en vano el cabrón que resiste con pujanza,
Le arrastra y fuerza á correr en el jardín con gran celo,
Y con brusquedad recula y de repente se lanza.
Ellos luchan cuerpo á cuerpo ; fogoso el cabrón se esfuerza ;
Pero el niño, que se afirma echando el torso hacia atrás,
Estrecha el cuello rebelde entre sus brazos con fuerza,

Se libra del cuerno oblicuo y, á poco cada vez más,
Rojo, apretando los dientes, indomable, dominante,
Triunfal conduce al establo al negro macho cabrío.
Luego Lysidé, su madre, de trenzas de oro brillante,
Que está en el umbral sentada con un niño que reposa,
Se alegra de ver su astucia y su destreza y su brío,
Lo llama y, sonriente, enjuga con emoción amorosa
Su frente en cuyo sudor se han pegado los cabellos,
Y el orgullo maternal fulgura en sus ojos bellos.

HERMIONE ET LES BERGERS

Bajo sus dedos gorgear hace Pales la argentina
Flauta, y Melene el oboe bajo sus labios anima,
Y cada uno á su turno, la lucha los estimula,
Un canto que sube al fondo del crepúsculo modula ;
Hermione de bellos ojos de negra pestaña larga,
Con un dedo en la mejilla escúchalas y se embarga.
Hermione está en el umbral de los quince años. Nada
La turba. Su dulce alma es una flor inclinada.
Cuando nació la Piedad en su corazón sincero
Besóla, y siempre en sus brazos Hermione lleva un cordero.

Cae la noche... A esa hora, abandonando la lucha,
 El oboe lentamente junto á la flauta se escucha.
 En la tarde que se estrella se eleva entonces un canto
 Tan dulce en su sencillez, de tan penetrante encanto,
 Que parece suspirar la tristeza eterna y bella
 De todo lo que la tierra tiene de más dulce en ella!
 Y Hermione de largos ojos, bajo el arrobó asfixiante
 Siente como un peso inmenso sobre su pecho de infante.
 En torno de ella un misterio ha transformado las cosas,
 Dulce cual onda de luna estival sobre las rosas.
 Inmóvil, el seno hinchado por un suspiro de angustia,
 Hasta el fondo de su ser siente que su alma se mustia,
 Mientras sobre su mejilla, en un espontáneo lloro,
 Deja que su alma descienda gota á gota en perlas de oro.

LES VIERGES AU CRÉPUSCULE

- Naís, de tu sortija no veo los colores...
- Lydé, yo de los cisnes he notado la ausencia...
- Naís, no oyes la dulce flauta de los pastores?
- Lydé, de los naranjos no percibes la esencia?
- Naís, por qué soy presa de un acerbo temblor,
 Al mirar a lo lejos morir el sol marino?

— Lydé, por qué yo sufro y tiemblo de pavor
Al ruido de los carros que entran en el camino ?
Y ambas de quince años, vírgenes criaturas,
Sienten en la terrasse de olores emolientes,
El corazón fundirseles en lágrimas oscuras,
Y, uniendo sus cabellos al inclinar las frentes,
A un rapto en que la boca en la boca palpita,
Dulcemente sollozan en la tarde infinita...

MYRTIL ET PALÉMONE

Palémone y Myrtil, niños amados de los pastores,
Se persiguen en los huertos entre el césped abundante,
Y con júbilos ruidosos, hacen huir, por delante,
La fila grave y estúpida de los gansos roncadores.
A Palémone, Myrtil ha vencido con sus mañas ;
Y al estrecharla, risueña, entre sus brazos amantes,

Tiembla de pronto, al sentir tras las telas palpitantes,
 Cabe su pecho el latido dulce de formas extrañas...
 Y la doble redondez del blanco seno en botón
 Brota como un bello fruto bajo su ingenua caricia.
 El juego cesa... Un misterio despunta en su corazón,
 Y, él, grave, los acaricia y siempre los acaricia...

NYZA CHANTE

La familia numerosa, y por los dioses colmada,
 De la mesa en derredor hállase aún congregada ;
 Elyone de largo cuello, Lydía de senos nacientes ;
 Nyza cuya triste voz tiene notas transparentes ;
 Myrta robusta como ágil ; Ixéne nivosa y fina.
 La madre de bandeaux grises sobre las niñas se inclina ;
 Myrta ríe á carcajadas ; Ixéne un grito ha lanzado ;
 Mientras que el padre sonríe sobre la mesa acodado...
 El día fué caluroso ; y por la ventana abierta
 Un poco de brisa llega de la avenida desierta ;
 Entre el oro de las tardes de verano la campaña
 Se adormece. Y el misterio de la sombra se acompaña...
 Pensativo al lento adiós de la lumbre que agoniza,
 Con grave y solemne acento dice el padre : canta Nyza.
 Y contemplando brillar los postrimeros destellos,
 Él besa con lentitud á la niña en sus cabellos.
 La bella Nyza del padre las preferencias obtiene ;

Su acento parece siempre llorar una patria. Tiene
 Trece años. Una tarde de amor, la voluptuosa
 Deidad forjó su belleza de noche y lumbre radiosa.
 Su frente de mármol tiene horror á los vasallajes,
 Y, dulcemente, sonríe Nyza con ojos salvajes.
 Ella canta, algunas rondas del viejo tiempo ideales,
 Aires simples aprendidos de tarde en los arrabales.
 Su rica boca parece un cáliz que se descubre ;
 Y su suave voz, que siempre un poco de bruma cubre,
 Remonta igual que un suspiro lleno de melancolía
 Hacia el inmenso silencio donde va á morir el día !
 Elyone y Lidia, de almas límpidas é inmaculadas,
 Se tienen dulcemente por la cintura enlazadas ;
 La cabeza sobre el brazo duerme la pequeña hija
 Myrta ; y el padre, seguro de que nadie en él se fija,
 Haciendo dar vuelta un vaso con la mano distraída,
 Deja errar entre sus ojos una lágrima escondida . . .
 Sobre el umbral, olvidando sus trabajos, todavía
 La sirvienta no ha llevado á la mesa la bujía.
 Todo es negro ; con mil fuegos el ancho cielo relumbra ;
 A veces ratos, sobre el camino, se oye un paso en la penumbra.

LE BONHEUR

Eglé, cediendo al fin, para aplacar al niño,
 Que esa noche está inquieto, desprende su corpiño,
 E hinchado por la leche, surge de nieve un globo.
 Calmado el niño, súbito, lo ha visto con arrobó,
 Y amasando la carne con sus deditos pega
 Su ávida boca al bello seno que se doblega.
 Eglé sonríe, casta, feliz, nada la empaña,
 Pura bajo su larga, decadente pestaña.

Brilla el fuego en la estufa ; y, de paso, la llama
Con vivo fulgor rosa su hermoso rostro inflama,
Mientras tanto allá afuera lleva el viento un gran ruido . . .
Pronto para la noche, el niño es desprendido.
En un sueño sin fiebres, ciérranse al fin sus ojos,
Y una gota de leche tiembla en sus labios rojos.
La madre, suspendida del aliento fluido,
Desnudo, en sus rodillas, contéplalo extendido,
Y, presa de la grande calma que se desploma,
Dobla su hermoso cuello flexible de paloma ;
Y, allá, bajo la lámpara á la luz erudita,
El padre de ancha frente, que entre dioses habita,
Dejando el libro antiguo, considera un instante,
Doble espejo de amor, á la madre y su infante,
Y en la alcoba en que un triple corazón en cadencia
Late, adora la dicha su solemne presencia.

DE CHARLES BAUDELAIRE